

This weekend, let's talk about the church building and what it represents for us, as Catholics with over 2,000 years of faith and tradition.

In the apostolic church – the church during the time of the Apostles after the Ascension of the Lord Jesus into heaven – the fledgling Christian community considered itself still a part of Judaism. Early Christians went to synagogue on the Sabbath (Saturday) to hear the Word proclaimed and preached. On Sunday, the day of the resurrection, they would gather in someone's home to celebrate the Eucharistic meal and to pray as Jesus had taught. These homes where the community gathered became “domestic churches.”

Fairly quickly, differences in theology and governance and lifestyle arose between the early Christian community and its Jewish roots. The domestic churches became the place for fuller celebration of the faith on the day of resurrection, Sunday. Paul's earliest letters were circulated and read, along with the readings of the Jewish community. Eucharist was celebrated and the community was fed and strengthened for the coming week.

Christianity did not become a legal religion of the Roman Empire until approximately the year 400 AD. Prior to that, public churches were not common; but after the legalization of Christianity, public churches flourished and multiplied. The basic style of these new public churches took shape from the public meeting halls of the Roman Empire, the basilica.

Our church here at St. Paul has the shape of the Greek-Roman amphi-theatre, much like the early “schools” where philosophers [and sometimes, St. Paul] taught their students/disciples. We do come to church to learn from the Word, from each other, from the example we see before us, from the Eucharist itself.

Coming into our church, we have come home. We have returned to our family, to our roots, to our present and to our future. This building is our “domestic church,” the gathering place for our family and friends, the sacred space where we meet God and are fed by the Lord. It is the place where many of us were baptized into the life of the Trinity and into the community of believers.

The church is the sacred place that connects us to our family's past – the image of the crucifix, the statue of Mary and her child, the statue of Paul, the statue of Joseph, the windows of the Last Supper and the key moments of the Virgin's life. We recall the many who came before us and have gone ahead of us to meet God in His eternity.

The church is the sacred place that connects us to our present – the Word of God proclaimed to our hungry hearts and minds, the Eucharist consecrated and shared with the whole family and uniting us to the universal Body of Christ. We are one with our sisters and brothers of every place. We are one with all of creation called into being by God's command and filled with breath by His Holy Spirit. Our worship of God is our service to all of creation.

The church is the sacred place that connects us to our future – the church filled with all of us is an image of heaven. We are joined to one another and to the Lord by our faith, our love, our hope. Here we are cleansed in baptism, fed by the Holy Spirit and invited to walk with Jesus through this place to the Father's eternal glory.

How truly blessed we are to be here now.

Este fin de semana hablemos del edificio de la Iglesia y lo que representa para nosotros como católicos con más de 2,000 años de fe y tradición.

En la iglesia apostólica – la iglesia durante el tiempo de los Apóstoles después de la Ascensión del Señor Jesús al cielo – la nueva comunidad Cristiana se consideraba a si misma parte del Judaísmo. Los primeros cristianos iban a la sinagoga el Sábado a escuchar la Palabra proclamada y predicada. En domingo, el día de la resurrección, ellos se reunían en la casa de alguien para celebrar la comida Eucarística y para rezar como Jesús les enseñó. Estos hogares en donde la comunidad se reunía se convirtieron en “Iglesias domésticas.”

Muy rápido surgieron las diferencias en teología, gobierno y estilo de vida entre las comunidades de los primeros cristianos y sus raíces Judías. Las iglesias domésticas se convirtieron en el lugar de la más completa celebración de la fe en el día de la resurrección, el Domingo. Las primeras cartas de Pablo se distribuían y leían, junto con las lecturas de la comunidad Judía. La Eucaristía era celebrada y la comunidad era alimentada y fortalecida para la semana venidera.

El Cristianismo no era religión legal del Imperio Romano hasta aproximadamente el año 400 d.C. Antes de esto, las iglesias públicas no eran comunes; pero después de la legalización del Cristianismo, las iglesias públicas prosperaron y se multiplicaron. El estilo básico de estas nuevas Iglesias públicas tomó la forma de los salones de reuniones públicas del Imperio Romano, la basílica.

Nuestra iglesia aquí en San Pablo tiene la forma de un anfiteatro Greco-Romano, muy parecido a las primeras “escuelas” donde filósofos [y algunas veces San Pablo] enseñó a sus estudiantes/discípulos. Nosotros venimos a la iglesia a aprender de la Palabra, de uno del otro, del ejemplo que vemos delante de nosotros, de la Eucaristía misma.

Al llegar a nuestra iglesia, hemos llegado a casa. Hemos regresado a nuestra familia, a nuestras raíces, a nuestro presente y a nuestro futuro. Este edificio es nuestra “iglesia doméstica,” el lugar de reunión para nuestra familia y amigos, el espacio sagrado donde encontramos a Dios y somos alimentados por el Señor. Es el lugar en donde muchos de nosotros fuimos bautizados a la vida de la Trinidad y a la comunidad de creyentes.

La iglesia es el lugar sagrado que nos conecta con el pasado de nuestra familia – la imagen del crucifijo, la estatua de María y su hijo, la estatua de San Pablo, la estatua de San José, los vitrales de la Ultima Cena y momentos importantes de la vida de la Virgen. Recordamos a todos los que estuvieron antes de nosotros y que se nos han adelantado a encontrar a Dios en Su eternidad.

La iglesia es el lugar sagrado que nos conecta con nuestro presente – la Palabra de Dios proclamada a nuestros corazones y mentes con hambre, la Eucaristía consagrada y compartida con toda la familia uniéndonos universalmente al Cuerpo de Cristo. Somos uno con nuestras hermanas y hermanos de cada lugar. Somos uno con toda la creación llamada a la existencia por mandato de Dios y llena de aliento por Su Espíritu Santo. Nuestra adoración a Dios es nuestro servicio a toda la creación.

La iglesia es el lugar sagrado que nos conecta a nuestro futuro – la iglesia llena con todos nosotros es una imagen del cielo. Estamos unidos el uno al otro y al Señor por nuestra fe, nuestro amor, nuestra esperanza. Aquí somos purificados en el bautismo, alimentados por el Espíritu Santo e invitados a caminar con Jesús por este lugar a la gloria eterna del Padre.

Que bendecidos somos de estar aquí ahora.